EL CONDE DE REBOLLEDO Y LA REINA CRISTINA DE SUECIA: UNA AMISTAD OLVIDADA

Por Rafael González Cañal

Cuando el Imperio español caminaba inevitablemente hacia la crisis y se vivía en nuestro país un periodo de desencanto y decadencia que habría de durar largo tiempo, un suceso insólito conmovió a toda Europa y, en especial, a los españoles: una reina de un país poderoso y lejano, Cristina de Suecia, abdicaba de su corona para convertirse al Catolicismo. Este hecho sin precedentes, tan alejado y remoto a simple vista, causó impacto en la sociedad española de la época (1), debido fundamentalmente a la directa participación del monarca español Felipe IV y de sus embajadores y subditos en el desarrollo de este acontecimiento. D. Antonio Pimentel de Prado (2), embajador de España en Suecia entre 1652 y 1654, es una figura sobradamente conocida que se captó la amistad y quizá el amor de la Reina sueca y que participó activamente en la abdicación, conversión y posterior viaje de Cristina a Roma. Pero los historiadores siempre olvidan (3) la importancia que en esta conversión tuvo la figura del leonés D. Bernardino de Rebolledo, militar, diplomático y erudito escritor que entre 1648 y 1661 sirvió como embajador de Felipe IV en Dinamarca. D. Bernardino, cuyo perfil biográfico ha trazado excelentemente C. Casado Lobato (4), fue quizá el "primer español que se pone en contacto con Cristina" (5), desde su embajada en Copenhague, y mantuvo correspondencia con ella quizá hasta su abdicación y salida de Suecia. En un carta fechada en Copenhague el 30 de marzo de 1656 y dirigida a D. Pedro de Castro, canónigo de la Catedral de León, que transcribimos al final, nos da cuenta Rebolledo de su relación con la Reina y de su intervención en el proceso que llevó a Cristina a convertirse al Catolicismo.

Vamos a tratar de especificar hasta dónde llegó esta relación entre el Conde de Rebolledo y Cristina y su participación en la sonada conversión de ésta. Parece ser que por medio de un Calvinista francés, que pasaba por Dinamarca procedente de Suecia, conoció Rebolledo las dudas religiosas en que se debatía la Reina sueca. Educada en el luteranismo, se cree que muy pronto abandonó

---

(1) Los **Avisos** de D. Jerónimo de Barrionuevo (ed. Paz y Meliá) Madrid, 1892, nos dan numerosos datos sobre la repercusión que tuvo este hecho, entre 1654 y 1656, en el pueblo español.

(2) Vid. M. Lasso de la Vega, "Don Antonio Pimentel de Prado, embajador a Cristina de Suecia", en **Hispania**, I, 3, 1940, pp. 47 y ss.

(3) El único que se acuerda de Rebolledo es Carlos Clavería en su artículo "Gustavo Adolfo y Cristina de Suecia, vistos por los españoles de su tiempo" publicado primeramente en **Clavileño**, núms. 17 y 18, 1952 y, más tarde, en **Estudios Hispano-Suecos**, Universidad de Granada, Colec. Filológica IX, 1954, donde reúne una serie de artículos suyos. Citaremos siempre por esta última edición.

(4) Vid. Concepción Casado Lobato, "Un poeta y diplomático leonés del siglo XVII. Bernardino de Rebolledo" en **Revista de Archivos Leoneses**, n.ª 57-58, enero-diciembre 1975. Las notas biográficas más antiguas sobre este autor se hallan en Juan José López de Sedano, **Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos**, Madrid, Ibarra, 1771, t. V, pp. XXXII-XLVIII.

(5) Cfr. Carlos Clavería, op. cit., p. 129.

esta religión tal y como se aprecia en su correspondencia con el Cardenal Azzolino, donde habla y explica su temprana crisis de fe (6).

Una vez llegada al trono, se rodeó Cristina de numerosos sabios y estudiosos que acudían de todas partes a la Corte de Suecia, que se había convertido en un gran foco del saber y de la cultura. Entre todos ellos destaca indudablemente Descartes, amigo del embajador francés en Suecia, Pierre Chanut, que mantuvo correspondencia con la Reina y posteriormente se trasladó a Suecia, adonde llegó a principios de 1650, muriendo poco tiempo después, seguramente a consecuencia de los rigores del clima nórdico. Se ha hablado mucho de la gran labor de Descartes en favor del Catolicismo con su muerte cristiana y ejemplar que muy bien pudo inclinar el ánimo de la Reina hacia el bando católico.

El Marqués de Villa-Urrutia, biógrafo español de la Reina, señala que "los primeros pasos hacia la conversión de Cristina se debieron al jesuita portugués Antonio Macedo, confesor del embajador de Portugal, José Pinto Pereira, que llegó a Estocolmo en 1651" (7). Es muy probable que ya antes la Reina hubiera tenido noticias de nuestro Conde de Rebolledo a través de su gran amigo el jesuita Godofrido Francken, que se trasladó de Copenhague a Suecia a principios de 1651 o incluso antes, según nos señala Rebolledo en su carta (8). "Tuvo gratas audiencias de la Reina, que le mandó se quedase con ella, en el traje de seglar que llevaba; él le pidió licencia para venirlo a tratar conmigo...". Rebolledo dio cuenta inmediatamente a su rey Felipe IV del cariz que tomaba el asunto y quizá fue a través de sus cartas cómo la Corte española conoció las inclinaciones de la Reina nórdica.

En ese mismo año de 1651 Cristina pidió a Rebolledo que fuera a visitarla, de lo cual se excusó nuestro poeta a causa de la gota que padecía y compuso un poema que narra su vida y que probablemente envió a la Reina: "Fénix que feliz Arabia / haces la Suedia y Gothia, / y a la eternidad te fías / en elegantes aromas, / Dicen que me mandas verte, / y por si el hado lo estorba, / que los mayores deseos / ha mucho que me malogra, / De mi fortuna y de mí / te quiero hacer una copia, / ..." (9). Rebolledo no fue a Suecia y nunca llegó a conocer personalmente a la Reina (10), pero envió de nuevo a P. Francken "con carta mía y otra que S. M. me escribió en favor del comercio de Suecia y España y un libro manuscrito de materias morales,..." A este hecho compuso un Epigrama, incluido en su libro *Ocios,* sobre el cual señala: "Enviando a la Serenísima Reina Cristina de Suecia el libro de controversias intitulado *Eliópolis.*" (11). A todo esto le respondió la Reina con una carta en francés el 10 de diciembre de 1651, significándole "la estimación que hago de vuestros méritos" y señalando que no comprendía completamente el libro enviado.

---

(6) Vid., por ejemplo, Barón de Bildt, **Cristine de Suède et le Cardinal Azzolino. Lettres inédites** (1666-1668), París, 1899.

(7) Cfr. Marqués de Villa-Urrutia, **Cristina de Suecia,** "Colec. Austral" n.º 57, Buenos Aires, 1942, 3.ª ed. Anteriormente había publicado un artículo titulado "La reina Cristina de Suecia y los españoles", en **Boletín de la Academia de la Historia,** C, 1932, pp. 411 y ss. También es interesante para el conocimiento de la personalidad de la Reina la versión española de la correspondencia entre Cristina, Descartes y el embajador francés Chanut: **Cristina de Suecia, Isabel de Bohemia, Descartes. Cartas,** Introd. de X. Zubiri; estudio biográfico de C. de Castro, Madrid, 1944.

(8) El jesuita Godofrido Francken fue gran amigo de Rebolledo y ya aparece ligado a él en 1650, pues el 28 de octubre de ese mismo año firma la Aprobación del libro de **Ocios,** publicado por Rebolledo en Amberes (1650).

En las citas de la Carta de Rebolledo de 1656 seguimos la edición de Amberes, Officina Plantiniana, 1660, t. I de sus **Obras poéticas,** pp. 398-406, con la ortografía modernizada. En adelante, como la carta va transcrita al final de este trabajo, no daremos ninguna referencia de las citas utilizadas.

(9) Citamos, modernizando la ortografía, por la edición de **Ocios** t. I de sus **Obras completas,** Madrid, Sancha, 1778, p. 145, Romance 35: En el "Indice de los asuntos", que pone Rebolledo a su obra, nos explica el motivo de este poema: "Enviándole la Serenísima Reina Cristina de Suecia a decir que fuese de Copenhague a Estocolmo a verla en ocasión que estaba muy malo de gota, le envió este retrato." (**Ocios,** op. cit., p. 672).

(10) De lo cual se lamenta en uno de sus poemas: "Que yo en querelloso acento / articularé suspiros / en que el dolor se derrame / de no poderla haber visto." (**Ocios,** op. cit., p. 416, Romance 63).

(11) Cfr. **Ocios,** "Indice de los asuntos", op. cit., p. 671. El Epigrama que compuso Rebolledo con este motivo dice así: "Esta ciudad del sol dichosamente / en vuestros ojos hallará su Oriente." (**Ocios,** op. cit., p. 614, Epigrama 49).

D. BERNARDINO DE REBOLLEDO.
Natural de la Ciudad de Leon, Conde del S.R.
I. Consumado Politico, esforzado Militar, y
eminente Poeta Castellano. Murió en Ma=
drid en 1676. á los 80 años de su edad.

Señala Rebolledo que el P. Francken se mantuvo en comunicación con la Reina y que incluso escribió un tratado de la inmortalidad del alma a su instancia. Pero a finales de 1651 ya había llegado a Suecia otro jesuita, Antonio Macedo, que tras sus conversaciones con la Reina partió para Roma con el fin de comunicar al Superior de su Orden, el P. Nickel, y al Cardenal Fabio Chigi, secretario de Estado, las inclinaciones religiosas de la Reina Cristina. Inmediatamente fueron enviados a Suecia los PP. Alejandro Malines, profesor de Teología en Turín, y Pablo Casati, profesor de Matemáticas en Roma, para que asesoraran a la Reina, y que llegaron a Estocolmo en febrero de 1652.

En agosto de 1652 llegaba a la Corte sueca D. Antonio Pimentel que se convirtió rápidamente en el favorito de la Reina y que fue pieza fundamental en la conversión de Cristina. Con él trazó todos los planes a seguir y mantuvo una amistad íntima sin que haya que recurrir al amor para explicar el favor de que gozó el embajador español. Muy pronto comenzó a difundirse la noticia de que la Reina quería renunciar a la Corona, idea que no agradó al P. Francken, "por la utilidad que esperaba que de su conversión recibiese la Iglesia en todo el Norte" y se volvió a Copenhague, desde donde embarcó con el P. Miguel de la Fuente para misiones, muriendo poco después en las costas de Guinea.

Un episodio muy conocido es la creación por la Reina Cristina, el 6 de enero de 1653, de una orden caballeresca, la Orden de Amaranta, de la que se convirtió ella misma en el Gran Maestre. La componían 15 caballeros y 15 damas y los que pertenecían a ella debían mantenerse solteros o, en caso de casados, no contraer segundas nupcias. La divisa de la Orden, según Villa-Urrutia, era *Semper idem* y la insignia consistía en dos Aes de diamante entrelazadas rodeadas por una corona de laurel donde se podía leer: *Dolce ne la memoria*; esta insignia iba bordada en una banda de seda de color carmesí (12). Señala Rebolledo que los primeros en obtenerla fueron D. Antonio Pimentel, el Conde de Dona y el Conde de Tott, personajes muy ligados a la Reina. Poco después, el secretario de Cristina escribió a Rebolledo, informándole de la institución y de su entrada en ella y, años después, el Conde Steinberg le envió la insignia y banda de la Orden. En su testamento Rebolledo dispuso que esta banda se utilizara para el culto divino en la catedral de León, dado el aprecio en que tenía esta condecoración. (12 bis).

Esta Orden de Amaranta que instituyó la Reina Cristina aparece también en la comedia de Francisco Bances Candamo *Quien es quien premia al amor* (13), cuyo personaje central es la Reina sueca y que se desarrolla en la Corte de Suecia. Incluso Bances Candamo alude a D. Bernardino de

---

(12) En uno de sus poemas, Tercetos III, nos da Rebolledo la misma noticia: "La generosa Reina de Suecia, / que es la décima Musa y cuarta Gracia / a quien altares consagrara Grecia, / condolida quizá mi desgracia, a consolarme en ella se adelanta / con favores de célebre eficacia. / Confiereme su insignia de Amaranta, / que se compone de dos aes brillantes / ceñidas de una siempre verde planta, / cuyas instituciones elegantes / introducir amigos verdaderos / pretenden, y no infieles los amantes." (**Ocios**, op. cit., p. 603).

En la primera edición de **La constancia victoriosa** (Colonia, 1655), obra dedicada a la Reina Cristina, ya se titula Rebolledo caballero de la insignia y banda de Amaranta. Sobre esta Orden vid. Carlos Clavería, op. cit., pp. 126-27, n. 42, donde cita obras en que se alude a su creación y significado.

(12 bis) El testamento del Conde de Rebolledo aparece reproducido en la obra del erudito leonés Francisco del Río Alonso, **El Conde de Rebolledo y sus obras**, León, 1927, 135 pp., y se encuentra en el Archivo Histórico, Protocolos, Reg. 7.935, fol. 671-686.

(13) Esta comedia aparece dentro del tomo de **Poesias comicas, obras posthumas**, Madrid, Blas de Villa Nuevo, 1722, pp. 57-110. Como personajes históricos, aparte de la Reina Cristina, nos encontramos con D. Antonio Pimentel, Carlos Gustavo príncipe de Suecia, Federico, Conde de Dona, ... etc. En la Jornada II dice la Reina Cristina a Pimentel: "Yo, cierto, Orden Militar / pienso dexar a los siglos, / que se llame la Amaranta, / y de ella ser determino / yo misma la gran Maestre, / por ilustrar los principios; / y así de esta insignia quiero / por Cavallero elegiros." (op. cit., p. 84).

En la Jornada III, señala una acotación: "Sale Don Antonio Pimentel con una vanda roja, bordada de Aes grandes, enlazada una con otra, y una venera con dos Aes grandes, también enlazadas, dentro de un círculo de Amaranto." (op. cit., p. 96).

Rebolledo y a su correspondencia con la Reina, cuando el gracioso Beltrán comenta a D. Antonio Pimentel:

"Beltr. Pues Vuecelencia no duda, / que el Conde de Rebolledo / (que con vigilancia astuta, / es embaxador en Dania, / y à esta Reyna le consulta / sus versos, à buelta de otros / negocios de mas altura) / me embió con vn libro suyo; / y su Magestad,... (...) / me manda que os de este pliego." (14). Dicho pliego contiene una carta de la Reina Cristina al Sr. D. Luis de Haro que es la misma que aparece transcrita por Rebolledo en su carta y que escribió la Reina en Insbruck el 6 de noviembre de 1655. Es muy probable, pues, que F. Bances Candamo haya conocido y leído esta carta de Rebolledo de donde a buen seguro habrá sacado datos para elaborar su comedia (entre ellos la mencionada carta de la Reina a D. Luis de Haro). Al final de la comedia, la Reina Cristina nombra a Federico, Conde de Dona, Gran Maestre de la Orden de Amaranta, en agradecimiento de su amor (15).

En septiembre de 1653, D. Antonio Pimentel tuvo intención de regresar a España y se embarcó en Gotemburgo, pero un temporal le retuvo y se quedó finalmente a pasar el invierno en Suecia. Fue en esta época cuando el Conde de Rebolledo envió a Suecia a su confesor el Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez, de la Orden de Santo Domingo (16), que tan importante papel jugaría en los diversos acontecimientos que se sucedieron. Según cuenta Rebolledo, la Reina "tuvo muy freqüentes conferencias en materia de Religion con el Padre Maestro,...", pero poco después se trasladó a España (17) y se reuniría con la Reina algo más tarde en Amberes.

Finalmente, el 6 de junio de 1654 se celebró solemnemente la ceremonia de abdicación por la que la Reina Cristina renunciaba a la Corona sueca que pasaba a manos de su primo Carlos Gustavo, el cual fue coronado ese mismo día. Señala Rebolledo que en ese verano de 1654 pasó Pimentel por Copenhague "y fue mi huésped los días que se detuvo aquí". Se dirigía a España para informar al Rey de la abdicación de Cristina y del viaje que pensaba emprender. Dicho viaje no se hizo esperar y muy pronto la Reina Cristina partió con dirección a Hamburgo, enviando su equipaje por barco y continuando ella el viaje, con cuatro de sus gentiles hombres (entre ellos el Conde Steinberg), por tierras danesas, "en traje y brío de alentado Príncipe más que de delicada Princesa". Parece ser que a su paso por Dinamarca la Reina danesa, Sofía de Lunemburg (la otra gran musa de Rebolledo), quiso conocerla y con este fin acudió disfrazada a la posada donde descansaba Cristina y asistió a su comida como criada. Rebolledo nos da cuenta de este breve encuentro entre las dos Reinas en sus *Selvas Dánicas*, obra dedicada a la Reina danesa (18).

---

(14) Cfr. F. Bances Candamo, **Quien es quien premia al amor**, op. cit., p. 96.

(15) "Lo que ofrezco à Federico / es que siempre le agradezca / su amor y que de él me sirva; / y porque conmigo venga, / del Orden de la Amaranta / (que en la Vanda y la Venera / las dos aes de Alexandra / (nombre que mi altivez precia) / enlaza con los diamantes / que assegura su fineza, / y que es dulce en la memoria / dize orlandole vna letra) / del Orden de la Amaranta / (cuya Religión professa / al Rey, à la Patria, y Dama / servir con mayor fineza) / le hago Gran Maestre, viendo / que en esto à todos exceda / ..." F. Bances Candamo, op. cit., p. 110.

(16) Según narra Rebolledo en su carta este viaje a Suecia fue casual, pues él le había enviado a España en el mismo barco que Pimentel y debido á un temporal no pudieron emprender viaje y se tuvieron que quedar en Suecia. Este religioso, al igual que el P. Francken, llevaba ya varios años en contacto con Rebolledo pues también aparece firmando la aprobación de su libro de **Ocios** publicado en Amberes en 1650.

(17) Finalmente se va a España y allí le escribe una carta Rebolledo, en verso, que está incluida en **Ocios** en cuyo "Indice" podemos leer en relación a este poema lo siguiente: "Nuestro Padre Maestro, vuestra ausencia. Pag. 595. Tercetos 3. Carta escrita al Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez, de la Orden de Santo Domingo, Predicador de S. Mag., habiendole enviado el Autor de Copenhague a Madrid a procurar su licencia." **Ocios**, "Indice", op. cit., pp. 677-78.

(18) La Deidad de Suecia / depuesto ya el dominio del Imperio, / (para seguir con más desembaraço / de la Piedad la soberana vía / que Sacra l'enseñó Filosofía, / con quien la implica indissoluble laço / y Minerua de Febo disfrazada, / si no Palas en Marte transformada, / passar a priesa el Sonte / y lo demás de Dania, / llegar a la qu'entonzes era Corte, / y no dexar de ver cosa qu'ymporte, / sin ser reconocida / de nadie hasta después de la par-

Poco después, la Reina Cristina entraba en Hamburgo donde Pimentel le tenía preparado alojamiento en casa del banquero Abraham Texeira, judío portugués escapado de España por temor a la Inquisición (19). Parece ser que allí se detuvo por espacio de 15 días y después pasó a Amberes, en donde se alojó en casa de García de Illán (20). En Amberes recibió la visita del Archiduque Leopoldo y permaneció en esta ciudad desde el mes de agosto hasta principios de diciembre en espera de D. Antonio Pimentel, que llegó de España con el título de embajador cerca de la Reina y con él el P. Fray Juan Bautista Guemez que venía como secretario de embajada. Poco después, el 23 de diciembre de 1654, se trasladó Cristina a Bruselas, donde fue recibida por el Archiduque, y allí, al día siguiente, según nos cuenta Rebolledo "Hizo en secreto la profesión de la fe en manos del Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez (a quien nombró luego por su confesor), en presencia de S. A., del Embajador y de otros pocos Ministros, con tanto recato que ni noticia ni sospecha se tuvo de ello." (21).

El 7 de abril de 1655 fue elegido Papa el Cardenal Fabio Chigi con el nombre de Alejandro VII, y a él se dirigió el rey Felipe IV, el 2 de agosto de ese mismo años, dándole cuenta del deseo de la Reina sueca de convertirse al Catolicismo, conversión patrocinada por la Corona de España (22). Mientras tanto, la Reina Cristina preparaba su viaje a Roma y partía de Bruselas el 22 de septiembre con un enorme séquito que había organizado Pimentel. En él se encontraban, aparte del embajador, D. Antonio de la Cueva y Silva, Teniente General de la Caballería y Sargento General de Batalla en los Estados de Flandes, como Caballerizo mayor de la Reina, su mujer como Camarera mayor, D. Francisco Deza que había sido nombrado General de la Artillería del Reino de Nápoles, D. Román Montero, Sargento mayor de Caballería con una compañía de 30 caballos ligeros para su guardia y varios religiosos, entre ellos el citado P. Fray J. B. Guemez (23). Como tenedor y administrador de sus bienes y a cargo de más de 200 personas iba D. Gaspar Rodríguez Recio.

El Papa se apresuró a comunicar a la Reina que para poder entrar en Roma la abjuración debía ser pública y solemne, por lo cual se dirigió Cristina a Insbruck donde la recibieron el Archiduque Fernando Carlos, gobernador del Tirol, su esposa Ana de Toscana y el legado apostólico Lucas Holstenius ("Holestenio" que dice Rebolledo en su carta), canónigo de San Pedro y bibliotecario del Vaticano, y junto a él el P. Malines, un jesuita que ya había estado en Estocolmo y que ya era conocido por la Reina. La ceremonia se celebró, con la debida solemnidad, en la iglesia de Hofburg

---

tida; / y que la Reyna viste apressurada / otro rústico trage, / si más inculto no menos bizarro, / y en su volante Carro, / en Hadersleue llega a su posada, / y sin ser conocida / assiste a su comida, / observa lo demás que deseaua, / y vuelue el mismo día / donde el Rey l'esperaua. / Assí de los dos más Septentrionales, / con esplendor prolixo, / Astros, éste y aquél siempre brillante, / el vno tan actiuamente fixo / como acertadamente el otro errante, / la conjunction hermosa / no menos breue fue que misteriosa, / pues deseando verse / reusaron el dar a conozerse." **Selvas Dánicas,** Copenhague, Pedro Morsingio, 1655 (En este caso mantengo la ortografía original modificando solamente la acentuación y la puntuación), pp. 149-151.

(19) Rebolledo escribe el Romance 63, "Ameno a las Musas Prado", por este motivo, tal como explica en el "Indice": "Respondiendo al Doctor Daniel de Prado, médico de Hamburgo, en ocasión que estaba allá la Serenísima Reina Cristina de Suecia alojada en casa de Abraham Tejeira." (**Ocios, "Indice", op. cit., p. 661**).

(20) En el Mss. 18.736, núm. 41, de la B. N. de Madrid hay una carta de García de Illán dirigida a Lorenzo Ramírez de Prado, el 3 de septiembre de 1654, informándole de la llegada de Cristina a Amberes y haciendo una semblanza de dicha persona. Vid. Carlos Clavería, op. cit., pp. 133-34, donde reproduce unos párrafos de la misma.

(21) Montero de Spinosa en su **Epílogo del Viaje que hiço desde Brusellas a Roma la Magestad de Christina Alexandra Reyna de Suecia** (Roma, 1656) narra este hecho de la siguiente manera: "...en cuyas manos en 24 de diciembre de 1654 en el Real Palacio de Bruxelas entre diez y onçe de aquella feliz noche (...) gustó la Magestad de Christina hazer y hiço la formal abjuración de la Heregía y sacra confesión de la Fe Cathólica Apostólica Romana,..." (p. 17).

(22) Cfr. Marqués de Villa-Urrutia, **Cristina de Suecia,** op. cit., p. 46.

(23) Iban con él, según Rebolledo, el P. Fray Juan de la Madre de Dios, Provincial de los Carmelitas Descalzos, y el jesuita Carlos de Manderscheydt, confesor de Pimentel y autor de una de las semblanzas de la Reina Cristiana más conocidas, escrita en latín en 1653. Señala Clavería (op. cit., pp. 127-28) que existe una versión española en los Mss. 18.736 y 2.384 de la B. N. de Madrid.

el 3 de noviembre de 1655. Poco después, la Reina Cristina emprendió viaje a Roma y, tras diversos acontecimientos hizo su entrada solemne y triunfal en dicha ciudad el 23 de diciembre de 1655.

Sobre las peripecias de este viaje de Cristina a Roma, señala Rebolledo que había recibido una relación cuyo autor "es hijo de Mateo Montero, Corregidor que fue de Mansilla, bien conocido ahí por la agudeza de sus dichos". Este personaje es D. Román Montero, Sargento mayor de Caballería, que acompañó a Cristina a Roma con una compañía de caballería para su defensa y que escribió una relación de este viaje titulada *Epílogo del Viaje que hiço desde Brusellas a Roma la Magestad de CHRISTINA ALEXANDRA REYNA DE SUECIA. Dedicale a los Sacros Pies de nuestro Santis. Padre ALEXANDRO SEPTIMO D. Roman Montero de Spinosa Sargento Mayor de Caualleria en los Estados de Flandes* (En Roma, Imprenta Reu. Cam. Apost. 1656) (24). También Jerónimo de Barrionuevo, que nos da numerosas noticias de todo el proceso de la conversión de la Reina y su repercusión en España, señala en su *Avisos* que ha leído una "relación de la entrada a Roma de la reina de Suecia" (25), pero se debe tratar de otra relación distinta publicada en Madrid en 1656 (26).

Rebolledo termina su narración transcribiendo la carta que el 12 de noviembre de 1655 envió la Reina Cristina al Rey Carlos de Suecia, informándole de la ceremonia celebrada en Innsbruck nueve días antes.

El P. Fray Juan Bautista Guemez, que había sido confesor de Rebolledo en Copenhague y que había acompañado a la Reina en su viaje, se convirtió en su nuevo confesor, y en este punto continuó en Roma hasta que comenzaron las desavenencias de la Reina con los españoles. Así, en junio de 1656 fue enviado a Madrid con una instrucción de la Reina sueca en la que explicaba al rey Felipe IV los motivos que le habían llevado a despedir a los españoles que estaban a su servicio (27). A partir de este momento se cortaron definitivamente las relaciones de la Reina Cristina con la Corona española.

Quizá el poeta que más versos dedicó a la Reina sueca y que más encareció su actitud fue nuestro leonés Bernardino de Rebolledo. A ella dedicó una de sus obras religiosas, *La Constancia victoriosa. Egloga sacra* (Colonia, Antonio Kinchio, 1655) (28), versión del *Libro de Job*, que Menéndez Pelayo elogia ampliamente (29). Abren la obra un retrato de la Reina y dos poemas a ella dedicados que transcribimos a continuación (30):

---

(24) Román Montero de Spinosa posee una obra literaria amplia destacando principalmente unas Glosas en verso de las **Siete meditaciones sobre la oración del Padre Nuestro** de Sta. Teresa de Jesús (Amberes, 1654), unos **Diálogos militares y políticos sobre las campañas de Flandes** (Bruselas, Huberto Antonio Velpio, 1654) y diversas comedias (**Fingir lo que puede ser, Lavar sin sangre una ofensa,**... etc., todas ellas publicadas en la colección de **Comedias escogidas de los mejores ingenios de España** (1652-1704).

(25) Cfr. Barrionuevo, **Avisos**, II, op. cit., p. 319, (11-III-1656).

(26) Señala Clavería (op. cit., pp. 136-37) que la relación que leyó Barrionuevo debe tratarse de la **Relación verdadera de los sucesos que ha tenido en el viage Christina, reyna de Suecia, desde que salió de Bruselas pasando por Inspruk, Corte de los Serenissimos Archiduques de Tirol hasta que entró en Roma; y de los fauores y gracias que recibió en ella de nuestro muy Santo Padre Alexandro VII**, Madrid, 1656.

(27) Se trata de la "Instrucción de la Reina Christina Alexandra de Suecia dada al padre maestro fray Juan Bautista Guemes, su confesor, en Roma a 15 de junio de 1656". Se conserva en el Archivo de Simancas, legajo 3.029.

(28) El título dice así: "La Constancia victoriosa / Egloga Sacra / Dedicola / A la Sma Reyna Christina de Suecia / El Conde de Rebolledo Sr. de Yrian / Cauallero de la Orden de Sant Yago / Y de su Ynsignia y Banda de Amaranta. / En Colonia Agripina / en Casa de Antonio Kinchio / Cum privilegio Año de MDCLV".

(29) "Paráfrasis admirable de aquel divino libro, es la **Constancia victoriosa**, uno de los monumentos más grandes de nuestro Parnaso lírico en el siglo XVII." M. Menéndez Pelayo, **Biblioteca de traductores españoles**, tomo IV, CSIC, Santander, 1953, p. 151.

(30) En ambos poemas modernizamos la ortografía y la puntuación para una mejor comprensión del sentido.

OCIOS

DEL CONDE DON
BERNARDINO DE REBOLLEDO
SEÑOR DE IRIAN.

TOMO PRIMERO DE SUS OBRAS POETICAS

QUE DA A LUZ.

El Licenciado Yſidro Florez De Laviada
natural de la ciudad de Leon divididos
en cinco partes.

IMPRESSO EN AMBERES,
Con licencia de los ſuperiores en la Officina Plantiniana.
Año 1660.

"¡Si l'Arte llegara
por medio del pincel más excelente
del ánimo a copiar las perfecciones,
puesto que fuera tan confusamente
como las del semblante nos declara!
¡Cuánto más el retrato s'estimara!
CRISTINA de las Arcticas Regiones,
la Cristina Belona,
Divina Musa, Soberana Gracia,
las más rebeldes almas aprisiona
con amable violencia,
sin que tenga lugar la resistencia
en lazos de dulcísima eficacia.
Y en igual competencia
sus ojos, sus discursos, sus acciones
triunfan de los más libres corazones."

DEDICATORIA

"Minerva qu'a las márgenes del Meler
pasaste los Laureles del Peneo,
que s'arrojaron ambiciosamente
a ceñir el Olimpo de tu Frente
y te siguen en forma de Trofeo
por la difícil vía
que te conduce la Filosofía
al portátil Liceo
de tant'erudición feliz empleo,
estos sagrados números dedico,
don en su original de todo rico
y en que con evidencia
resplandece la suma providencia.
Trasladélos forzado
del poco menos lastimoso estado,
que me secresta las demás acciones,
y voluntariamente las consagro
al divino milagro
d'humanas perfecciones,
a cuyas siempre victoriosas plantas
qu'adornan tres coronas
y el cetro del Imperio soberano
de que se despojó la docta Mano,
tributa el Orbe generosas palmas
en inmortal dominio de las almas."

Rebolledo compuso otros poemas en honor de la Reina Cristina, que incluyó en su libro de *Ocios* (T. I de sus *Obras poéticas*, Amberes Officina Plantiniana, 1660) como por ejemplo el Soneto XXXII "Arde el Báltico mar, cuyos cristales..." (31) o el Romance LXIII "Ameno a las Musas Prado..." donde la llama "el no esperado Mesías en género femenino" (32). Más interesante es el Romance LX, "Deidad que del Norte luces...", en el que describe a la Reina de esta manera:

"Gran fulminadora de aves,
sin que les valga el sagrado
de las nubes, pues en ellas
las mata a pistoletazos.
Que se chapuza en el mar
y vuelve a salir nadando,
sin dar lugar a Neptuno
que la descalce un zapato.

(31) Dice el "Indice de los asuntos" con respecto a este poema: "El año de 1652, que hizo excesivos calores en todo el Norte, al entrar la Serenísima Reina Cristina de Suecia en uno de sus bajeles, cayó a la mar, a que hizo el Autor este Soneto, que se imprimió en Copenhaguen, traducido en Alemán, Latín y Griego." (**Ocios**, "Indice", op. cit., pp. 661-662).

(32) Cfr. **Ocios**, op. cit., p. 415.

Fatigadora de fieras
en los montes enriscados,
que por leones y tigres
trocara ciervos y gamos.
Y cuando descansa desto
lucha con unos librazos,
que le darán tres caídas
a cualquiera licenciado.
Calepina de once idiomas,
puede hacer vocabularios
para enseñar el vascuence
y artes de Antonio el Sardo." (33)

Al final de la Carta que transcribimos a continuación incluye Rebolledo un soneto que compuso exhortando a la Reina Cristina a perseverar en su actitud y en "la contemplación de las cosas divinas".

Nuestro poeta y excelente diplomático contribuyó en nombre de su Rey y de su país a la conversión de la Reina sueca, acontecimiento que causó gran conmoción en Europa y que tuvo bastante repercusión en nuestras letras. La "Cristina de las Arcticas Regiones" dejó su reino, se convirtió al Catolicismo y se instaló en Roma, mostrando siempre un interés especial por las letras y las artes (34) así como por las intrigas políticas y manteniéndose fiel a su nueva religión hasta el fin de su azarosa vida.

APENDICE

La Carta de Rebolledo que transcribimos a continuación fue publicada, junto con el resto de sus obras completas, en la edición de sus *Obras poéticas*, Tomo I, que sacó a la luz su secretario, el Licenciado Isidro Flórez de Laviada, en Amberes, Officina Plantiniana, 1660 (T. I, pp. 398-406). Posteriormente, fue reproducida en la 2.ª edición de sus obras completas, hecha por Antonio de Sancha, Madrid, 1778 (T. I, pp. 571-582).

Hemos modernizado completamente la ortografía del texto original, manteniendo solamente algunas amalgamas y elisiones que presenta esa 1.ª edición. Igualmente es nuestra la acentuación y la puntuación. En los casos que hemos considerado conveniente, en aras de una mejor comprensión del texto por parte del lector, hemos añadido alguna palabra, por supuesto, entre corchetes.

---

(33) Cfr. **Ocios**, op. cit., p. 402. Sobre este poema se señala en el "Indice": "Fábula de Vulcano y Minerva al incendio que la Serenísima Reina Cristina extinguió en Estocolmo." (**Ocios**, "Indice", op. cit., p. 667). También Clavería da noticia de este incendio (op. cit., pp. 126-127).

(34) La Reina Cristina fue reuniendo a lo largo de su vida una gran biblioteca, que, a su muerte, constaba de 2.229 volúmenes y que fue adquirida por el Papa Alejandro VIII en la cantidad de 800 escudos. Vid. León Dorez, "Documents sur la Bibliothèque de la Reine de Suède au Vatican" en **Révue des Bibliothèques**, París, E. Bouillon, 1892, pp. 129-140 y también **Les Manuscrits de la reine de Suède au Vatican; rédition du catalogue de Montfaucon et cotes actuelles** en **Studi e Testi**, t. 238, Cittá del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1964. También Barrionuevo (**Avisos**, I, op. cit., p. 69) daba noticia de esta gran biblioteca en 1654, pero de una forma un tanto exagerada: "Avisan también que la reina de Suecia ha traído su librería, que son una gran suma de más de 50.000 cuerpos de libros que tiene pasados 14.000;..." (14-octubre-1654).

CARTA DEL AUTOR, escrita en Copenhague a 30 de marzo de 1656, a Don Pedro de Castro, Capellán de S. M., Prior y Canónigo de la Santa Iglesia de León.

Tío y Señor mío: Recibo con sumo gusto la enhorabuena, que en su carta de 10 del pasado Vmd. se sirve de darme, de la conversión de la Serenísima Reina Cristina de Suecia, y aunque el responder con la individualidad que Vmd. desea, a lo que en ella me pregunta, no es materia de poca dificultad, el acierto de obedecer hará mérito aun del errar. Y pues el estado de las cosas nos permite hablar ya sin embozo, diré ingenuamente lo que entiendo.

Pasando por esta corte, de vuelta de la de Suecia, un calvinista francés, tenido de algunos por docto, se refirió en mi mesa la censura que la Reina había hecho dél, y admirándola los religiosos que comían conmigo, discurrieron en que Princesa de tan alto ingenio y tan buenas noticias, si se las diera de nuestra religión algún buen teólogo, sin duda se redujera a ella. Y el Padre Godofrido Franken de la Compañía de Jesús, persona de gran virtud y bastante resolución para emprender cualquiera cosa que de difícil pase a imposible, como lo mostró hasta en su muerte, se determinó luego a hacer el viaje. Tuvo gratas audiencias de la Reina, que le mandó se quedase con ella, en el traje de seglar que llevaba. El le pidió licencia para venirlo a tratar conmigo, a [lo] que le respondió: "Id, que yo sé que ese buen caballero no os lo estorbará". De todo lo que este Padre refirió, di cuenta al Rey nuestro Señor, y le volví luego a enviar con carta mía y otra que S. M. me escribió en favor del comercio de Suecia y España y un libro manuscrito de algunas materias morales, a lo que me respondió la Reina en 10 de diciembre de 1651 esa carta de su mano, en francés, que va traducida a la letra: "M. Las urbanidades de que tan liberal usáis conmigo me cogieran de susto, si pudiera ignorar lo que toda vuestra nación venera las damas y personas de mi calidad; y no sé, M., si debo alabar mi buena dicha, o tengo más causa de quejarme de mi desgracia, habiendome aquélla recientemente procurado el bien de significaros la estimación que hago de vuestros méritos, y está dispuesto que hasta ahora os haya yo sido inútil. Mas no quiero dolerme de un mal pasado, sino gozando del presente bien deciros que he aceptado con mucho reconocimiento las seguridades que me dáis de vuestro buen afecto, pidiendoos creáis que estimo, como debo, el libro que me enviasteis, y aunque no le entiendo aún bastantemente para darle todo su precio, estoy tan persuadida de la excelencia de vuestro ingenio que no cabe en mi imaginación que ninguna obra suya sea indigna dél. Además desto, me valdré de la ocasión que me habéis producido, para protestaros que, de aquí en adelante, haré todo lo posible por adquirir la dicha de poseer la amistad de un tan gran Monarca como el Rey vuestro dueño, y espero que él no rehusará esta satisfacción a una Princesa que pretende ser, en algún modo, digna de posesión tan gloriosa; y os quedaré muy obligada si me haceis el buen oficio de asegurarle de la sinceridad deste mi sentimiento. Yo soy Cristina".

Envié luego el original con las demás noticias que el Padre me daba a S. Mag., por mano del Señor Don Luis, sobre cuyo cimiento, como tan buen arquitecto de todo lo que toca al servicio de Dios, se levantó esta fábrica; así lo confiesa la Reina en esas dos cartas, que van en la traducción que me enviaron de Madrid:

"Carta de la Serenísima Reina Cristina de Suecia, de propia mano, al Excelentísimo Señor Don Luis de Haro, en Inspruch a 6 de noviembre de 1655. Señor mío y mi primo: V. Exc. ha tenido tanta parte en mi buena dicha, que no puedo decirle más, sino que ya queda felizmente acabada. Doyos las gracias del cuidado que os ha costado, y os encomiendo lo que resta, suplicandoos me conservéis siempre en la memoria del Rey y continuéis vuestro afecto. No tengo que ofreceros sino una verdadera amistad, que no os puede importar mucho, no necesitando de ella, cuando tenéis el favor del mayor de los Reyes; pero no teniendo otra cosa, os suplico la recibáis de quien es verdaderamente, Señor mío y mi primo, vuestra aficionada amiga. Cristina".

"Carta de la Serenísima Reina Cristina de Suecia, escrita de su mano, al Rey nuestro Señor, de Inspruch a 7 de noviembre de 1655. Señor mi hermano: Yo en fin he llegado a la dicha que tanto he deseado, y debiendose a V. Mag. la gloria deste dichoso efecto, no dudo que le causará alborozo, y creo juntamente que tendrá la bondad de no cansarse de mis fre-

cuentes agradecimientos, pues que tampoco jamás se ha cansado de obligarme, hasta llegar al estado en que estoy. Esto es cuando yo puedo expresar para manifestar a V. Maj. mi reconocimiento y, así como estoy en estado de quedarle toda mi vida deudora, lo confieso sin arrepentimiento ni verguenza, porque lo soy al mayor de los Príncipes. Suplico a V. Maj. me continúe su amistad y su estimación, creyendo que jamás le seré ingrata, estando resuelta de vivir y morir, Señor mi hermano, vuestra muy aficionada hermana y amiga. Cristina".

Conservóse el Franken en su comunicación y gracia, sin ser conocido, y escribió a su instancia un tratado de la inmortalidad del alma, que por su temprana muerte y el descuido de otros aún no ha salido a la luz. Nombraron los franceses a la Reina por medianera de la paz y tenían en su Corte embajador; aceptóla el Rey nuestro Señor, de que se dio por muy satisfecha. Y por Agosto del año de 1652 llegó a Estocolmo el Señor Don Antonio Pimentel, enviado de S. M., que fue muy bien recibido y muy estimado de todos. Poco después se empezó a publicar que quería la Reina renunciar la corona en el Príncipe Carlos, llevada del deseo que tenía de ver otras regiones de climas más favorables, a [lo] que debió ayudar la persuasión de que su presencia facilitaría, con gran gloria suya, la paz de España y Francia, sin reparar en que, dejando el Reino, dejaba el más eficaz medio de concluirla, pues las instancias desarmadas son de poco efecto en los que tienen por su última razón las armas. Oponíase el Padre Franken con gran vigor a esto, por la utilidad que esperaba que de su conversión recibiese la Iglesia en todo el Norte, y, desconfiado de salir con su intento se volvió aquí, de donde le llevó su celo a Guinea y en su compañía al Padre Miguel de la Fuente, que murieron presto.

Hacíanse en Estocolmo diferentes fiestas y, entre ellas, instituyó la Reina una Orden, que llamó de Amaranta, de la que era ella el gran Maestre y la insignia dos aes de diamantes cruzadas dentro de un círculo de Amaranto, y escrito alrededor dél: "Dolce ne la memoria"; y una banda de color fuego, bordada de las mismas aes y guarnecida de grandes puntas de plata y oro. Los primeros a quien la dio fue a Don Antonio Pimentel, al Conde de Dona y al de Tot, sus gentiles hombres de la cámara. Escribiómelo su secretario, enviandome copia de la institución que contenía veinte y un capítulos, y que, si quería entrar en ella, sería yo el primero de la segunda creación y después el Sargento Mayor de batalla Linden, Capitán de la guardia de la Reina, y el Conde Steimberg, su primer caballerizo, y el Señor Príncipe Adolfo, su mayordomo mayor. Respondí reconociendo el favor como debía y advirtiendo que algunos de los capítulos parecerían difíciles de aceptar a quien los hubiese de cumplir, y no tuve más respuesta hasta que, años después, desde Bruselas, me la envió con el Conde de Steimberg y la institución reducida a solos catorce artículos, muy tolerables, y que en algo se parecen a los de la institución de la banda del Rey Don Alonso el último.

Avisóme desde Estocolmo Don Antonio Pimentel que partiría presto para España, embarcándose en Gotemburg en un bajel de guerra de aquella Corona. Envié al Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez, de la Orden de Predicadores, mi confesor, para que gozando de tan buen pasaje fuese a solicitar mi licencia. Embarcáronse y, al salir de la barra, tocó el bajel de suerte que con un temporal que sobrevino estuvo muy a pique de perderse y tuvieron a gran dicha el poder volver al mismo puerto; y viendole imposibilitado de hacer el viaje, se fueron a Upsalia, donde estaba entonces la Reina. [Cristina] tuvo muy frecuentes conferencias en materia de Religión con el Padre Maestro, que se embarcó después en Estocolmo para Lubeck, de donde pasó a Hamburgo y de allí a España, y el verano siguiente se vino por tierra Don Antonio y fue mi huesped los días que se detuvo aquí. Hizo la Reina la renunciación con la solemnidad que se sabe y, teniendo bajeles prevenidos para pasar a Lubeck, envió en ellos su casa y se vino por la posta con cuatro o seis Gentiles hombres y dos Ayudas de cámara, en traje y brío de alentado Príncipe más que de delicada Princesa; pasó a Hamburgo donde alojó en casa de Abraham Tejeira, su residente, y se detuvo 15 días festejada de todos los Señores circunvecinos. Llegó a Amberes de la misma suerte y pasó en casa de García de Illán, a quien había dado el mismo título. Queriendo empezar a introducir el tratado de la paz, que debió esperar concluir, en llegando a París avisó a un Ministro de aquella Corte, que había sido embajador en la suya, que la viniese a ver. Hízolo con orden de no detenerse y, en volviendo, le escribió una carta, que publicó a modo de manifiesto, en que decía que de su viaje habían tomado algunos ocasión para pensar que había ido a proponer medios de paz, cosa muy

ajena de la verdad y de la felicidad de que gozaban las armas de su Rey, explayándose mucho en esto, a lo que respondió la Reina:

"Carta de la Serenísima Reina Cristina escrita a un Ministro de Francia, a 4 de diciembre de 1654. M. Por entera respuesta a vuestra carta, a que habéis pensado dar estimación publicando las copias, os diré que en todo lo que contiene no hay ningún fundamento pues con sólo acordaros de lo que ha pasado y del proceder de vuestra Corte, desharéis la voz que creéis que corre tan en perjuicio del Rey vuestro amo. De los españoles os puedo asegurar que están bien informados de los intereses de los que estorban la paz y, tan lejos de alabarse de ser solicitados que juzgan que nunca menos la desearon en Francia; y, de cualquiera suerte, creo que ni las fanfarronerías serán capaces de ponerles miedo, ni los artificios de engañarlos: desean la paz mas sin impaciencia y podrá ser que esperen a concederla cuando sean más modestos en Francia. La inconstancia de la fortuna y la del humor de vuestra nación me persuade que no durarán las cosas largo tiempo en el mismo estado, y pienso que, en llegando el Rey vuestro Señor a juzgar por sí mismo de sus intereses, conocerá que la paz es el mayor bien que puede dar a sus súbditos, y que yo soy su verdadera amiga, pues la deseo a la Francia".

Vino Don Antonio Pimentel de España con título de Embajador cerca de la Reina y el Padre Maestro, en el traje de seglar en que había ido, con el de Secretario de la embajada. Entró S. M. en Bruselas, recibida del Señor Archiduque y toda aquella Corte con gran gusto y ostentación, y fue hospedada y regalada en Palacio, hasta que hizo eficaces instancias por tener casa en la villa, donde fue siempre muy asistida de S. A. y de la nobleza española y del país. Hizo en secreto la profesión de la fe en manos del Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez, (a quien nombró luego por su Confesor) en presencia de S. A., del Embajador y de otros pocos Ministros, con tanto recato que ni noticia ni sospecha se tuvo dello. Y habiendo resuelto de pasar a Roma, partió de Bruselas a 22 de septiembre de 1655. Acompañóla el Señor Archiduque dos leguas y las compañías de su guardia hasta Colonia. Iban con S. M. el Embajar Don Antonio Pimentel, Don Antonio de la Cueva, Teniente General de la caballería de Flandes y Sargento Mayor de batalla, por su Caballerizo mayor, y su mujer, hermana de los Condes de Basiñi y Megen, por Camarera mayor, Don Francisco Deza, que pasaba a ser General de la artillería del Reino de Nápoles, Don Román Montero, Sargento Mayor de caballería, con una compañía della para su guardia; y de Religiosos, el Padre Fray Juan de la Madre de Dios, Provincial de los Carmelitas Descalzos, que iba a hallarse al Capítulo general de su Orden, el Padre Maestro Fray Juan Bautista Guemez, todavía en hábito de seglar, el Padre Carlos de Manderscheid de la Compañía de Jesús, que había estado en Estocolmo con Don Antonio Pimentel, lo demás una lucida y numerosa familia. De todo lo sucedido en el viaje de la solemnidad con que hizo la protestación pública de la fe en Inspruch en manos del Señor Holestenio, enviado de Su Santidad a este efecto, de la magnificencia con que los Señores Archiduques la hospedaron, de lo que todas las ciudades de Italia por donde pasó la festejaron, del aplauso con que hizo su entrada en Roma, y de la estimación en que Su Santidad la tiene y de lo que toda aquella Corte la venera, da distintas noticias esa relación que acabo de recibir en pliego del Padre Maestro. El Autor es hijo de Mateo Montero, Corregidor que fue de Mansilla, bien conocido ahí por la agudeza de sus dichos, y sólo añadiré la cuenta que dio de su conversión al Rey Carlos de Suecia:

"Carta de la Serenísima Reina Cristina, escrita de Inspruch a 12 de noviembre de 1655, de propia mano, al Rey Carlos de Suecia. M. mi hermano: yo he llegado aquí felizmente, donde he hallado la permisión y orden de Su Santidad para declarar lo que profeso. Mucho he que tengo por mi mayor dicha la de obedecerle, prefiriendo esta gloria a la de reinar en los poderosos estados que gozáis. Y debéis estimar esta acción aun en caso que no la tengáis por acertada, pues os ha sido tan útil y tan gloriosa, y os aseguro que no he mudado los afectos de amistad que siempre con vos he tenido y el amor que debo a la Suecia, y que los conservaré toda mi vida".

Desta acción tan heroica y tan gloriosa se hacen, como de las demás, diferentes discursos. Algunos que se precian de conocer la condición de S. M. piensan que se arrepentirá presto inútilmente de haber renunciado el Reino; otros que le son más afectos juzgan que en habiendo satisfecho la curiosidad de ver algunas Provincias de Europa, elegirá un decente retiro

en que darse al estudio, a que es muy inclinada, y a la contemplación de las cosas divinas, para trocar la corona temporal por la eterna. Exhortándola a esto se hizo ese Soneto:

La tierra sojuzgada, el mar rendido,
el aire en tus aplausos empleado,
el fuego de tus plantas conculcado,
y de tus esplendores convencido.
El soberano Imperio concedido,
y tan fiel obediencia te han jurado
que servirá tu nombre de sagrado
a cuanto fuere de ellos emprendido.
Dueño de los principios materiales
por la felicidad que te retira
de impresión de accidentes peregrinos.
Pues excedes los límites mortales,
a los eternos círculos aspira
de tu gloriosa actividad más dignos.